

Pedro
González-Trevijano
Magnicidios
de la historia



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

Pedro González-Trevijano (Madrid, 1958)

cursó estudios de Derecho en la Universidad Complutense, con Premio Extraordinario tanto de licenciatura como de doctorado. En la actualidad es catedrático de Derecho Constitucional, rector de la Universidad Rey Juan Carlos, vocal de la Junta Electoral Central y presidente del Consejo editorial de La Ley. Ha sido asimismo subdirector del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. Colaborador habitual de los periódicos ABC y *La Voz de Galicia*, ha publicado varias obras, entre las que cabe destacar *La costumbre en Derecho Constitucional*, *Libertad de circulación, residencia, entrada y salida en España*, *La inviolabilidad del domicilio*, *La cuestión de confianza*, *El Estado autonómico, principios, organización y competencias*, *El refrendo*, *El Tribunal Constitucional*, *La España Constitucional*, *La mirada del poder*, *Entre güelfos y gibelinos*. *Crónica de un tiempo convulsionado*, *El discurso que me gustaría escuchar*, *Yo, ciudadano*, y, en este mismo sello, *Dragones de la política*. Se encuentra en posesión, entre otras, de la Gran Cruz al Mérito Militar con distintivo blanco, la Orden de San Raimundo de Peñafort y la Encomienda de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio. Ha obtenido los premios Máster de Oro del Fórum de Alta Dirección, Pablo Padrier Foderé, concedido por la Universidad Nacional de Perú, FIES de Periodismo y la concesión del título de «Honorary Degree» por parte de ESERP Business School. Es doctor *honoris causa* por las universidades de Tarapacá (Chile), Ricardo Palma (Perú) y Nacional Mayor de San Marcos (Perú).

Los magnicidios han sido una constante en la historia de la humanidad. Desde César hasta Aldo Moro, muchos han sido los dirigentes que han visto su vida truncada de forma violenta. Analizar los motivos, quién y por qué los cometió, y sus consecuencias, a la vez que narrar los detalles de su ejecución son los propósitos de este libro.

Magnicidios de la historia cubre desde la antigüedad hasta nuestros días: César, Marat, Lincoln, el Archiduque Francisco Fernando de Austria, el zar Nicolás II, Trotsky, Gandhi, Kennedy, Carrero Blanco, Aldo Moro. El énfasis en el siglo XX permite al autor examinar los acontecimientos clave de la historia reciente de nuestro tiempo: el estallido de la Primera Guerra Mundial, la Revolución Rusa, el fin del colonialismo, la guerra fría, el fin del franquismo, el terrorismo en Europa.

Como dice Hugh Thomas en el prólogo que encabeza la presente edición, «Pedro González-Trevijano ha escrito un libro fascinante» al que recurrir una y otra vez para revivir las ideas y las biografías de aquellos hombres cuya vida y cuya muerte cambiaron para siempre la historia.



Ilustración de Hugo Fontela

*A la memoria del profesor José Pérez
de Vargas Muñoz, ciudadano ejemplar,
excelente académico y mejor amigo*

Las únicas medallas son las que da la posteridad.

VOLTAIRE

Prólogo

Pedro González-Trevijano ha escrito un libro fascinante sobre diez asesinatos políticos. Esta elección indica su amplio conocimiento de la historia, puesto que las víctimas de asesinatos de las que trata van desde César, en el siglo I a.C., hasta Aldo Moro en la década de 1970. En otro sentido también abarca mucho terreno, puesto que incluye norteamericanos como Lincoln y Kennedy, indios como Gandhi, rusos como el zar Nicolás y Trotsky, franceses como Marat, y austriacos como el archiduque Francisco Fernando.

Todo el mundo tendrá su propia lista de candidatos, y pensaremos que el profesor González-Trevijano los ha omitido: el almirante Coligny, por ejemplo, en la matanza de San Bartolomé en 1572; o Guillermo el Taciturno, en 1584. ¿Y qué decir del rey Ricardo II de Inglaterra o de su antecesor, Eduardo II, sobre quienes Shakespeare y Marlowe escribieron respectivas tragedias? O tal vez Calvo Sotelo, sin cuyo atroz asesinato en julio de 1936 no estoy del todo seguro de que se hubiera producido el alzamiento posterior aquel mismo mes. Tal vez Cánovas y Canalejas deberían estar también, y cito a este último porque fue asesinado en una librería de la Puerta del Sol conocida por mí y por muchos; y quizás también Carranza y Obregón en México. Pero los hombres elegidos (curiosamente no hay mujeres, y encontramos a faltar la muerte en Ginebra de la emperatriz Sissí de Austria) son sin duda muy interesantes.

Yo dividiría a estas víctimas de crímenes entre aquellas cuya desaparición tuvo una importancia sustancial para la

sociedad en la que habían vivido y aquellas cuya muerte fue de importancia marginal. En tal caso, yo diría que las muertes de Carrero Blanco, Kennedy, Gandhi, Francisco Fernando, Lincoln y César fueron acontecimientos que cambiaron realmente la sociedad. Así, la muerte de Carrero significó el fin de los planes del general Franco para su sucesión, ya que éste esperaba que Carrero fuera el garante de la continuidad de su régimen, aunque *Hola* y el príncipe Juan Carlos hubieran sido añadidos después para dar más atractivo al conjunto (Don Juan Carlos, en realidad, no habría aceptado entrar en el juego, y *Hola* probablemente tampoco). La muerte de Kennedy tal vez no parezca tan importante, ya que su sucesor, el presidente Lyndon Johnson, preservó e incluso reforzó las políticas democráticas. Pero el asesinato de JFK significó el fin del sueño maravilloso de que un gran país pudiera ser dirigido por un grupo de hombres cultivados como Ted Sorensen, «Chip» Bohlen, Arthur Schlesinger, Mac Bundy y Adlai Stevenson, por no mencionar a los propios hermanos Kennedy.

La muerte de Gandhi más o menos garantizó que habría dos países en India-Pakistán, algo que el Raj británico se había esforzado en evitar a toda costa. La muerte de Francisco Fernando no pareció importante en la época: léase el relato que hace Edith Wharton, en su obra *Una mirada atrás*, de una fiesta en París ofrecida por el pintor Jacques Émile Blanche en la que nadie se tomó en serio la historia de la muerte de unos nobles en los Balcanes. Pero, desde luego, fue una muerte que condujo directamente al suicidio de la civilización europea. La muerte de Lincoln dio lugar a una sucesión de presidentes mediocres que gobernaron hasta que otro presidente, McKinley, fue también asesinado y dejó el poder al brillante vicepresidente, el enemigo de España, Theodore Roosevelt. Finalmente, la muerte de César significó el fin de la antigua República romana y el advenimiento de su sobrino nieto Augusto como primer emperador.

En cuanto a los otros, que me llaman menos la atención, no creo que la muerte de Marat significara demasiado, a pesar de la acción heroica de Charlotte Corday, porque tarde o temprano lo hubieran guillotinado. La muerte de Nicolás II fue horrible, pero se había quedado sin capacidad alguna de gobernar. El asesinato de Trotsky mancilló al partido comunista en el exilio en México, pero, una vez más, no creo que Trotsky tuviera mucho más que aportar: incluso su aventura con Frida Kahlo había quedado en agua de borrajas. Tampoco creo que Aldo Moro tuviera mucho más que aportar a la vida italiana, aunque recuerdo bien aquellos días de rumores sobre acontecimientos tremendos en Italia. La gente se preguntaba si el comandante de submarinos Borghese daría un golpe de estado.

De estos personajes, sin duda me hubiera gustado cenar con el presidente Kennedy si hubiera podido. Conocí a Jackie (incluso cenó en nuestra casa) y a John y a Ted, conozco a Jean Smith y conocí a varios ex consejeros de Kennedy, a algunos de ellos muy bien, como Arthur Schlesinger y Ken Galbraith. Pero me perdí al patrón.

HUGH THOMAS
febrero de 2012

César

Es inútil oponerse al destino. Nadie, ni siquiera los hombres más sobresalientes, escapan a su fatídico designio. Incluso el divino Julio César, a pesar de sus gloriosas hazañas militares e indiscutidos logros en el gobierno civil de la eterna Roma. El aciago sino persigue inmisericordemente a cada uno. Ya lo habían avisado los helenos, que de los hados lo sabían casi todo, murmuraba temeroso el pueblo tras conocer la noticia del magnicidio. Esquilo lo había adelantado en su *Prometeo encadenado*: «Nadie alcanza a abatir la fuerza del destino». Y el gran Sófocles lo refrendaba en *Antígona*: «No hay forma de luchar contra lo que es forzoso». Corría el día 15 de marzo del año 44 a.C. y Cayo Julio César había cumplido cincuenta y seis años. No era el vigoroso militar de sus primeras campañas, pero nada presagiaba un empeoramiento de su salud, y menos aún, motivos para preocuparse por su vida. «No hay pruebas concluyentes –esgrime Adrian Goldsworthy en *César. La biografía definitiva*– de que su epilepsia hubiese empeorado y, desde luego, su gran energía no parecía haber disminuido. Según los estándares romanos hacía mucho que había dejado atrás la flor de la vida, pero no había causa por la que no pudiera haber vivido otros quince o veinte años, y quizás hasta alguno más. César no esperaba morir en marzo de aquel 44 a.C. y es obvio que los hombres que lo asesinaron no confiaban en que la naturaleza les hiciera el trabajo en el futuro próximo.»

Aunque, si creemos a Suetonio en *La vida de los doce césares*, nuestro estadista sí tuvo alguna responsabilidad en las dudas que circulaban sobre su salud y ganas de vivir: «César hizo concebir la sospecha a alguno de sus allegados de que no había querido ni había procurado prolongar por más tiempo su vida, por tener quebrantada su salud... no faltaron incluso quienes afirmaron que acostumbraba a repetir "que su vida importaba más al Estado que no a él mismo", pues él hacía ya mucho tiempo que había colmado sus aspiraciones de gloria y poder. Y, en cambio, el Estado, si a él le ocurriera algo, caería en el desorden y se enfrentaría con guerras civiles aún más sangrientas». El dictador no se había quedado tampoco callado, allá por el año 46 a.C., cuando –si hacemos caso a Cicerón en *Pro Marcello*– expresó tajantemente: «He vivido ya bastante para la naturaleza o la gloria».

Lo que Julio César no merecía era un final como el suyo. El destacado militar, ejemplo de bien parecido romano, moría fuera de los campos de batalla, asesinado a cuchilladas, como un vulgar delincuente, víctima de la conspiración de su propio hijo, Bruto. *Tu quoque, Brute, fili mi* exclamaría el moribundo dictador. Seguramente podía aplicarse a tan trágico caso una de sus máximas preferidas, si bien no pensada para tan infausto desenlace: «Los cobardes agonizan muchas veces antes de morir... los valientes ni se enteran de su muerte». El drama no era, sin embargo, nuevo. Muchos habían sido, con antelación al suyo, los magnicidios resonantes, cada uno en su momento y a su modo, cuya lúgubre impronta figura en los fastos de la antigüedad. Entre otros, los de Filipo II, rey de Macedonia y padre de Alejandro, asesinado el día en que contraía segundas nupcias (337 a.C.); de Seleuco I Nicátor (el «vencedor»), uno de los diádocos o sucesores de Alejandro, heredero de una porción considerable de su inmenso imperio (280 a.C.); de Asdrúbal Barca, cuñado y predecesor de Aníbal, fundador de Cartago Nova en Hispania, víctima del esclavo de un ré-

gulo celta que vengaba la muerte de su señor (221 a.C.); de Tiberio Sempronio Graco, tribuno del pueblo y promotor de una amplia reforma agraria, muerto bajo los golpes de un grupo de exaltados senadores (133 a.C.); y del Gran Pompeyo, adversario de César, asesinado a instancias del faraón Ptolomeo XIII, hermano de Cleopatra, cuando buscaba refugio en Egipto después de su decisiva derrota frente a César en la batalla de Farsalia (48 a.C.).

Para sus autores materiales, el asesinato de César no supuso sólo un acto de ambición personal, sino la plasmación efectiva de su íntima convicción de que no había otra forma de salvar la República, y que, por lo tanto, la responsabilidad era compartida con el pueblo y el Senado. A los magnicidas les agradecerían pues las consideraciones de Kierkegaard en su obra *Temor y temblor*: no importa la desgracia, si los hombres se guían por una ética general, por un imperativo moral categórico. Como Shakespeare (*Julio César*) puso en boca de Bruto, «inclináos, romanos, y bañemos nuestras manos en la sangre de César hasta el codo, y tiñamos en ella las espadas». Desde la expulsión del último de los reyes de Roma y la constitución de la sagrada República, la aristocracia guardaba un profundo odio contra cualquier forma o manifestación de gobierno monárquica. Y en la práctica, César era y actuaba ya como un monarca, como un rey: permanencia indefinida y concentración exagerada de poder, hermetismo en la toma de muchas de sus decisiones, ausencia de control de sus actos, inviolabilidad de su persona... Así estaban las cosas, cuando en los primeros meses del año 44 a.C., en enero, mientras encabezaba una procesión en el tradicional festival en los Montes Albanos, la multitud le había aclamado como *Rex*; y en las mismas fechas, sus estatuas del Foro aparecieron cubiertas con unas diademas y cintas de oro. Había, pues, mucho de atractivo para los romanos en el reinado de Tarquino *el Soberbio*, el último de los monarcas. Pero, a pesar de tales muestras de sumisión, César no se atrevía a tocarse la ca-

beza, en la fiesta de la Lupercalia, con una diadema real ofrecida por Marco Antonio. Quizás si la solicitud por parte de la plebe hubiera sido más multitudinaria, la habría aceptado. Así que el pragmático político optaba, entre las aclamaciones del pueblo, por enviar la diadema al templo de Júpiter en el Capitolio.

La oposición a su persona iba no obstante creciendo, entre los enemigos recalcitrantes de siempre, como Catón y Labieno, pero también entre los más moderados, como Servio. Incluso las desafecciones eran grandes entre los que habían sido sus amigos, como Cayo Trebonio. Una animadversión que se había agudizado en los últimos tiempos a causa de su propia torpeza: el empecinamiento en replicar por escrito y en términos indelicados al panegírico que sobre Catón –paradigma de la virtud romana y de los valores de la República, esto es, un mártir de la causa republicana– había redactado el incómodo Cicerón. Catón era tildado por César en su *Contra Catón* de borracho, avaro y conspirador. Lo que era tanto como afirmar, si seguimos a Plutarco, que Hércules era un cobarde. El propio Bruto se consideró obligado a escribir un panfleto a favor de la memoria del político republicano. Anteriormente, también la decisión de César de conmemorar su victoria en Hispania sobre los seguidores de Pompeyo con un gran triunfo en las calles de Roma, fue un desacierto político y una falta de tacto. Para muchos de sus ciudadanos la guerra en Hispania –a diferencia de las campañas en la Galia y en Egipto– era un conflicto entre romanos, y por tanto no había nada que festejar. Un joven tribuno de la plebe, por nombre Ponto Aquila, sería a pesar de todo el único que se atrevería a espetárselo en público. El encolerizado dictador, fuera de sí, pues con el paso de los años perdía fácilmente la calma, le habría gritado: «¡Tribuno Aquila, ¿por qué no me quitas el gobierno?».

Eso sí, en el caso de César, y a desemejanza del libro de Leonardo Sciascia, *Los apuñalamientos*, no hubo más que